



Hablamos con el Señor sábado, 3 noviembre

Buenos días, Señor, a ti el primero
encuentra la mirada
del corazón, apenas nace el día:
tú eres la luz y el sol de mi jornada.

Buenos días, Señor, contigo quiero
andar por la vereda:
tú, mi camino, mi verdad, mi vida;
tú, la esperanza firme que me queda.

Buenos días, Señor, a ti te busco,
levanto a ti las manos
y el corazón, al despertar la aurora:
quiero encontrarte siempre en mis hermanos.

Buenos días, Señor resucitado,
que traes la alegría
al corazón que va por tus caminos,
¡vencedor de tu muerte y de la mía!

Ahora le pido al Señor que ilumine mi “corazón” para que entienda y
acoja sus llamadas, sus inspiraciones en esta meditación...

El mismo Señor desea dárseme en cuanto puede...

«*En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo*» (1 Jn 4,10). Haciéndose eco de esta afirmación de la Primera Carta de Juan, S. Ignacio se adentra también en el ámbito de los sentimientos y deseos de Dios y hace posible esta lectura de sus palabras: «*En esto consiste el deseo: no en que nosotros deseemos a Dios, sino en que él nos desea primero...*».”

“*Nadie puede acudir a mí si no le atrae el Padre que me envió*» (Jn 6,44); «*No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros...*» (Jn 15,16), afirmaba Jesús tratando de convencernos de que la iniciativa no parte de nosotros, sino de Otro, que es quien nos desea, llama, invita y atrae. Necesitamos vencer nuestras secretas resistencias a creer que somos deseados por Dios; que es ÉL quien busca nuestra presencia y que está dispuesto siempre a derramar sus dones en quien se abre a recibirlos: «*Abre toda tu boca, y yo la llenaré*» (Sal 81,6). Dios es una extraña fuente que sale al encuentro del sediento.

«*¡Cuántas maravillas has hecho, Señor, Dios mío; cuántos planes en favor nuestro!: nadie se te puede comparar. Intento decirlas y contarlas, pero superan todo número*», exclamaba un salmista deslumbrado (Sal 40,6); y otro orante reconoce en la distancia que separa el cielo de la tierra una imagen de cómo el amor del Señor supera infinitamente al de sus fieles (cf. Sal 103,11). Porque sus deseos sobre nosotros nos sorprenden siempre con lo improbable y lo inverosímil, según su costumbre de desbordar nuestras previsiones.

Muchos hombres y mujeres del Evangelio dan testimonio de su experiencia; de que Jesús deseaba darse a ellos infinitamente más de lo que ellos esperaban, y de que su ordenación divina sobre ellos era capaz de llevarlos más allá de sus estrecheces y resistencias:

- Nicodemo escuchó una noche de labios de aquel maestro que había ido a conocer: *«Hay que nacer de nuevo»*; y se resistió a su extraña propuesta alegando una evidencia: es imposible volver al seno materno para nacer de nuevo (Jn 3,4).
- La samaritana oyó hablar de un agua viva que quitaba para siempre la sed y respondió al galileo que se la ofrecía con un argumento de lógica elemental: *«No tienes cántaro para sacarla, y el pozo es hondo»* (Jn 4,11).
- Un paralítico echado en su camilla reaccionó con escepticismo ante quien le hablaba de sanación: llevaba ya treinta y ocho años intentándolo (Jn 5,5-8).
- Un hombre que había nacido ciego sintió unas manos desconocidas que cubrían sus ojos con tierra y debió de preguntarse cómo a través del barro iba a volver la luz a sus ciegas pupilas (Jn 9,1-3).
- Marta, la hermana de Lázaro, oyó la petición inaudita de su amigo de que retirasen la piedra del sepulcro e intentó hacerle recobrar la sensatez: *«Señor, han pasado cuatro días, y ya huele mal...»* (Jn 11,39-44).
- Tomás el Mellizo rechazó con realismo burlón la noticia inadmisibile de que el Maestro vivía: *«Creeré cuando pueda meter mis manos en las heridas que los clavos dejaron en sus manos»* (Jn 20,24-28).

Cada uno de ellos fue desafiado por Jesús a ir más allá de lo que esperaban y adentrarse en la tierra de un amor que no podían imaginar. Y solo cuando se decidieron a confiar perdidamente en la palabra que les era dirigida, aconteció lo inaudito:

- Nicodemo nació de nuevo,
- la samaritana recibió el agua que salta hasta la vida eterna,
- el paralítico se puso en pie,
- el ciego recobró la vista,
- del sepulcro abierto salió Lázaro caminando,
- Tomás hundió sus dedos en las llagas del Resucitado.

Para la oración personal

1.-

Puedo elegir alguna de esas escenas, contemplar lo que sucedió y abrirme al asombro de ser objeto del deseo de Dios y de su acción sanadora.

Pido al Señor que mi corazón entienda su amor a mi, su deseo de sanarme... Y le suplico

2.-

Puedo recordar en mi corazón y meditar el encuentro de Jesús con Zaqueo (Lc 19,1-10) cayendo en la cuenta sobre la inmensa desproporción que existía entre el deseo de Zaqueo, que «quería ver a Jesús...», y el del propio Jesús, que quería «quedarse» en su casa.

Exponernos ante el Señor nuestros deseos de verle y pedirle que ensanche esos deseos a la medida de los suyos.

Y así que me sienta habitado por el Señor...

3.-

¿He tenido experiencia de que este darse de Dios a mi me ha llevado más allá de mis estrecheces y resistencias, me he sentido impulsado a ir mas allá de donde estoy?

Y suplico a Nuestra Señora que nos ponga con su Hijo.